

FIGURAS DEL TEATRO CONTEMPORANEO



«¿Secreto, qué fuerza espiritual incalculable, posee Castilla para que en la literatura los más firmes tipos sean de «raigambre castellana»?... Así los personajes cumbres del teatro benaventiano: «Señora ama», «La malquerida»... Incluso la misma Consolación andaluza del «Genio alegre», ¿no deja adivinar su entronque castellano en su pasión por la vida campesina al recitar aquella «jubilosa descripción de las campañas»? Así mismo, esta hembra talavereña surgida al conjuro de la elevada musa marquiniana...

Es indudable que si el novelista, el dramaturgo, pretende que sus creaciones tengan vida perdurable, ha de olvidar esos tipos de gran ciudad, pasajeros, de falso cosmopolitismo, de posturas afectadas y léxico automático, y habrá de acudir a la serena vida de la ancha meseta, la de los pueblos grises y de las ciudades recogidas...

Ya hace unos cuantos lustros, un poeta de diez y siete años, —Juan José Llovet— supo cantar a Castilla en estos magníficos versos:

«Castilla, madre Castilla,
para extranjeros extraña
inmensa flor amarilla
abierta en medio de España».

La ermita. Allí conocemos a Deseada en la romería del pueblo. Mientras la gente moza baila y juega y se disemina por parejas. Deseada ayuda a su amiga Basilisa y a doña Flora a limpiar la plata del santuario... Sus treinta años le apartan del bullicio juvenil. Hizo siempre de madrecita para aquella hermana, en la que ha cifrado todos sus amores... Pero Lucía con sus diez y ocho años se ha echado novio. ¿Quién es él? ha preguntado Basilisa; y ante una descripción despectiva de su amigo, ha interrumpido vivamente:

«No, no: moreno, cuajado
y guapo, sin que el donaire
le quite la bizarría,
porque, en todo él, tiene un aire
de sencillez y de hombría».

La pasión oculta, quizá ignorada por ella misma, asoma de un modo expreso... «Son tan pocos treinta años para resignarse a la vejez!

Cuanto sobreviene, es ya inevitable. Son vanas las advertencias, los consejos del buen cura don Anselmo:

«sufre, llora, lucha, olvida,
¡y escapa... como el ciprés!»

Ha bastado un breve forcejeo, una frase, una queja del mozo, para acabar con toda la filosófica disertación del pastor de almas. Y he aquí, como un beso traidor, casi incestuoso, ha de gravar, perpetuamente ya, hasta su fin, una vida...

La fuente, es como un órgano vivo de la opinión pueblerina. ¿Qué sugestión indefinible, qué fuerza de atracción posee, para que allí acuda la gente moza...? Es acaso la música rítmica de su son, al caer desde el caño al pilar, que rima con todos los corazones. Así, el cura setentón don Anselmo, la ve con ojos de pesimismo:

«¡Fuente clara! Alrededor
de tu limpia claridad,
teje su red la maldad
y amasa lango el error
con aguas de tu verdad».

Mejor la vé Deseada en la plenitud de su vida:

«Eso, mirándote aquí
donde el agua te retrata
como eres, sin sombras, y
todavía hace por tí:
que te dé un baño de plata.
No donde, para rezar
la misa que dice usté,
se sientan ustedes; que
no ven siquiera el altar;
y una imperfección de nada,
se agranda y crece aumentada
por la malicia o la astucia;
y el agua que hay encharcada,
de tantas plantas pisada,
para mirarse, está sucia».

Ciertamente. Vista por las ranas del charco, la imperfección se agranda y crece hasta encender los odios. En vano, Lorenzo, el buen ganadero, ha dicho al mozo inconsciente:

«¡No, Manuel! Hay que hacer más
conmigo: es poco hablar fuerte.

Lo primero que en la vida
me ha parecido aprender
no fué, a ganar la partida,
sino a saberla perder»

El desafío sobreviene, y es Lorenzo, el más viejo, el que en amor y en la lucha, pierde la partida. Pero Deseada, la «mala mujer», la calumniada, es la única que acude a él, a curarle, movida por un senti-

miento, complicado quizá, pero netamente femenino. Todavía, suplica con «instancia indecible»:

«¡Pídale usté a Dios que viva!»

El río. El molino ribereño con su alameda y sus rosales, con su muela que como su dueño Flor de Harina, se ha hecho vieja y desdentada... (Ya está muy lejano el tiempo, en que Juan Ramón Jiménez rimaba, como la aceña, de un modo ingenuo y primitivo:

«..... y al son,
de esa muela dolorida,
te daré mi corazón
molinero de mi vida.»)

La ribera está casi siempre solitaria. Flor de Harina, con sus noventa años, con el peso de sus desgracias, ¿qué puede ya moler...? Es el recuerdo, el culto de la hija abogada en la presa, lo que le retiene...

Lugar apacible, retiro silencioso para el ocaso de unas vidas. Las charlas son tristes, lánguidas como el desengaño resignado de los protagonistas

Flor de Harina:

«..... Yo digo
que en este mundo no se pierde nada
con que, si mi dolor no fué castigo,
debió ser la paga adelantada
de otra vida mejor, ¡y lo bendigo!

Lorenzo:

«..... recordaba
pedazos de la agonía
con que la amor me mataba;
como tantos, aquel día,
mi herida cicatrizaba
y mi corazón se abría.»

Deseada:

«El me quiso, y esta herida
tierna, da tanto de sí,
que desde que la sentí
sobre mi carne encendida,
sufro y lloro agradecida:
llevo el sol dentro de mí
¡ya no es de noche en mi vida!

Al margen, la Invenud del brazo con el Amor, pasa feliz, egoísta, gozosa en sí misma... En tanto, la tragedia, silenciosa, se produce allá abajo, en el río. Deseada, ha ido a reunirse, en el ignorado fondo del caz, con la hija de Flor de Harina. Para todos, esta tragedia, como la anterior, fué... ¡sin querer!

¿Quién sabe la verdad de esta muerte, ni de la otra. ¿No hay que creer en lo que

digan los hombres. La verdad, sola la conocen las aguas del río, y perennemente la van murmurando... Pero no habrá mas que uno capaz de comprender su lenguaje:

El Poeta.

Luis DE VILLALBA.



Pinceladas líricas por el
R. P. Gonzalo de Córdoba

Así se titula el primer libro de poesías, publicado por el reverendo padre Gonzalo de Córdoba (O. C. M.).

El libro es la afirmación de la personalidad de un artista que siente con delicadeza, piensa con elevación y acierta a expresar ideas y sentimientos en versos claros, sencillos, sonoros y con sabor clásico.

Díaz de Escobar, el poeta de los cantares, ha dicho que las *Pinceladas líricas* son pinceladas de quien conoce los secretos del sentimiento y del arte.

Los hombres de la libertad
por D. Fernando Soldevilla

Este veterano e ilustre periodista, ha comenzado a publicar una obra del más alto interés histórico: una serie de semblanzas de las grandes figuras que consagraron, en la época contemporánea, sus vidas a la defensa de la libertad.

Obedece el designio de Soldevilla a su deseo de mantener con fervor vehemente en el corazón de los españoles el respeto y en su mente la recordación inextinguible dedicados a los hombres generosos y grandes por su espíritu, por sus sacrificios, por su heroísmo en pro de la Humanidad y de la Patria.

Basta anunciar el tema de este libro—primero de la serie—para poder estimar toda la simpatía y toda la grandeza moral que entraña la labor de Soldevilla.

En la primera serie de *Los hombres de la libertad* se reúnen las semblanzas de El Empecinado, Riego, Torrijos, Lacy, Argüelles, José María Calatrava, Martínez de la Rosa, Olózaga, Mendizábal, Ríos Rosas, Prim, Rivero, Becerra y Sagasta.